

contra vuestras costumbres, contra todo lo que sois y representáis en el mundo, es en obsequio de la religión, para dar gloria al Dios del cielo; y cuanto más se encarnice la persecución, los hombres dirán con voz más alta y arrogante, que su objeto es purificar á la religión, dar verdadera gloria á Dios, combatiendo la superstición, las funestas influencias, las adulteraciones criminales que el Papado, los Pontífices y los sacerdotes han hecho. Me parece, mis hermanos, que esta no es profecía sino historia, y sin embargo, no he hecho más que repetir las palabras de Nuestro Señor Jesucristo. “Viendo, dice el Evangelista S. Juan en su admirable libro del Apocalipsis, el triunfo anticipado de la Iglesia se levantará una voz, figurará el mal de Satanás, príncipe de las tinieblas, monstruo de horror que para vengar en su corazón el odio contra Dios y su Iglesia, levantará él la voz y seducirá á todas las gentes: ningún pueblo ninguna raza, ninguna nación escapará de su funesta influencia”. Los engañará con una seducción profunda que cambiará sus entendimientos, que aterrorizará su corazón, que cambiará las nociones del bien y del mal, de manera que se levantarán—gritan los apóstoles S. Pedro, S. Pablo, S. Judas,—“una raza dominadora de hombres perversos, sin conciencia, viciosos, llenos de ambición y de codicia, crueles, sanguinarios”, y estos hombres que dominarán al mundo, no respetarán la santidad del juramento, desorganizarán la familia, relajando los vínculos de la obediencia que la naturaleza misma ha establecido entre los hijos y los padres; se ensañarán contra la justicia, como si fuera un crimen. La quitarán el dominio de lo más santo, de las tradiciones más santas de la antigüedad; se levantarán sobre toda autoridad, divina y humana; quebrantarán no solo el yugo de todas las leyes, sino que despreciarán toda dominación que no sea la de sus brutales pasiones. ¿No es esta la razón, mis hermanos, de la triste situación

del mundo? “Este dragón, continúa el Evangelista S. Juan, dará su poder universal, al error, al mal, que el Santo Apóstol personifica en una abominable bestia, á la vez que el dragón lo vió representado por una gran prostituta. Y esta abominable y espantosa bestia, llevaba sobre sí á la imagen de la prostitución, de la corrupción, á la nauseabunda imagen del placer en su más asquerosa manifestación de embrutecimiento; y en la frente de esta prostituta que cabalgaba sobre la bestia, vi escrita esta palabra: Misterio. Y salió la bestia por el mundo y la malévola influencia de su prestigio, de sus rugidos, de su furor, atrajo á la multitud en pos de ella; y el dragón le dió una voz gigantesca para dominar el mundo, voz de mentira, y no hubo falsedad, ni error, ni calumnia, ni blasfemia que no vomitase de su boca infernal.”

Parece, mis hermanos, que el Apóstol hubiera visto esa multitud de periódicos, de escritos, que llenan el mundo, propagando el error, la mentira, la blasfemia. Decidme, ¿qué no han dicho, qué no han escrito, qué no han inventado contra la Iglesia, contra su doctrina, contra sus instituciones, contra sus sacerdotes? Infatigables en la desenfrenada tarea de mentir y de calumniar sólo el demonio, padre de la mentira, puede inspirarles ese valor para rendirle un culto tan perseverante. ¿No los veis mentir, calumniar, siempre repetir las mismas mentiras, las mismas calumnias y gloriarse en seguida de su perseverancia en este arte de engañar y de perder? ¿No los veis felicitándose de que han de resistirse á creer que aquello es calumnia, y especulando sobre esa resistencia, especulando sobre ese fondo de rectitud de la conciencia humana, envenenándola á mansalva, hiriendo sin piedad las más sagradas personas y corrompiendo así las costumbres públicas? Sí: esa es la voz dominadora que oyó San Juan, que salía de la boca de la bestia, pronunciando la

mentira y la blasfemia. Pero á lo menos, el mundo horrorizado de tan espantable furor, ¿se aterrará viendo sus estragos, se convertirá hacia el dulcísimo Cordero, que es el único y formidable enemigo de esa bestia abominable que siembra la desolación en los campos por donde pasa? ¿Cerrará sus ojos para no ver su espantable figura y sus oídos para no escuchar esas voces de abominación y de blasfemia? ¡Ah! No, mis hermanos Y vió el Apóstol que toda la tierra, como preocupada, como embriagada, como si hubiera un paréntesis general en las leyes de la rectitud, del sentido común, de la moral, seguía y adoraba á la bestia. Nada hay, en la presente época de la historia de la Iglesia, que de alguna manera no pague su tributo, no doble la rodilla ante ella, no le rinda un homenaje, Sabéis que no exajero, sabéis cuánto influjo tienen hoy en el mundo las teorías de las condescendencias, de los acomodamientos entre el bien y el mal; vosotros sabéis que los mejores entre nosotros cuando más se atreven á presentar estas doctrinas, á defender esta teoría; que es preciso que de una vez quede afirmada la paz, quede asegurada alguna de sus desgraciadas conquistas. Toda la tierra, pues, seguía admirando á la bestia y no solo admirándola, sino alabándola; porque el Apóstol oyó que de todas partes, partían voces que decían: “¡Oh! ¿Quién es semejante á la bestia? ¿Quién puede pelear con ella?”

¡Ah! Dios omnipotente! ¿Cómo es posible que tan horrible blasfemia arrojada de las tenebrosas bocas del infierno se escuche en el mundo? Los siglos pasados, las generaciones pasadas, la humanidad entera había escuchado siempre la voz de tus profetas, la voz de tus apóstoles, la voz de tus ángeles, la voz de los elementos todos de la creación, que uniéndose en admirable concierto clamaban: “¿Quién como Dios; ¿Quién puede cantar su gloria, ni sus alabanzas, ni ponderar su mi-

sericordia!” Este grito vencedor fué pronunciado por el arcángel San Miguel contra el espíritu del mal y sus secuaces, cuando cayeron precipitados en el abismo. Esta ha reservado á nuestra época el oír á los pueblos exclamar: “¿Quién semejante á la bestia!” Así lo oímos en verdad. ¿De qué se ocupan hoy todas las lenguas sino de cantar los prodigios de esta civilización moderna cubierta con un manto de pedrería y de joyas, que seduce con el prestigio de su mirada, que engaña con su fascinadora palabra, pero que deja en pos de sí pobreza, desgracia y muerte? Y de todas partes, partían voces que decían: “¿Qué hay semejante á esta civilización, engendro de la razón indiferente de Dios, de la moral, del Evangelio y de la Iglesia? ¿Qué hay semejante á la bestia?”

Y se gloriaban, dice el Apóstol, de que quién sería el osado, el temerario, el atrevido, el necio que intentara pelear con ella. Cuenta con la opinión pública, con la prensa, con los gobiernos, con los ejércitos permanentes, con todas las pasiones humanas: todos los intereses le están coligados en su favor. En todas las cuestiones, en todas sin excepción están los hombres, discordes, entre sí; pero para proteger á la bestia, hay unión, hay paz; de manera que las contumelias, las discordias, las divisiones de los partidos, los intereses de la política, el choque de las pasiones humanas, de la ambición, de la codicia, todo desaparece. Pelear con la bestia, que tiene en su favor todas las fuerzas humanas, no es posible; desde que no es posible, no digo vencerla, pero ni luchar con ella, abandónese por completo á su enemigo, al Cordero inmaculado, al Príncipe del mundo. Y aquí está el verdadero secreto y la explicación única de esa cobardía de los mejores católicos ¿Quién puede pelear con la bestia? Lo dicen candorosamente, lo dicen sin disfraz. No es posible luchar contra este torrente inmenso, que muy en breve ahogará al mundo entero; no es posible oponer dique

á este torrente que desde una gran altura se precipita sobre el mundo: todo es contra nosotros. ¡Con qué elementos contamos! Por nosotros, está Dios, está la virtud, está el bien; Dios ama la verdad, que es la luz de sus ojos, y el bien que es el tesoro de su corazón. La verdad es que para cubrir su indolencia, su apatía y cierta especie de complicidad secreta de sus pasiones, para encubrir á sus propios ojos toda la perfidia de su cobardía, dicen que nada se puede hacer, que la apostasía se extiende, el mal se hace á cada momento más intenso, y muy pronto como en la época de Noé, sólo veremos el diluvio universal y el arca divina de la Iglesia, flotando sobre las altas, encrespadas olas con unos pocos elegidos.

Apostasía general, mis hermanos, que el mismo apóstol San Juan nos describe admirablemente. Hablando de los instrumentos de la infernal bestia en su tránsito por el mundo, exclama "que todos llevan el signo de la bestia: unos en la mano derecha, otros en la frente." Aquí vuelvo á repetir lo que decía al principio, que parecía que el santo apóstol historiaba la época presente, mas bien que ser esta una profecía. ¿Quién no lleva el signo de la bestia? Lo llevan en la mano derecha todos los que cooperan á la impiedad, todos los que hacen el pecado, todos los que coadyuvan á este triunfo de la incredulidad por la complicidad de sus pasiones, estos llevan el signo de la bestia en la mano derecha; y lo llevan en la frente, todos los que ponen al servicio del mal, su inteligencia, su razón, esa inteligencia y esa razón que Dios les dió para practicar el bien. Todos, pues, llevan el signo de la bestia: unos en la mano derecha, otros en la frente.

¿Triunfará, definitivamente este mal de la apostasía? ¿La bestia después de asolar el mundo y de espantarlo con sus rugidos y de llevar en pos de sí á todas las naciones, coronará definitivamente

su victoria? ¿Devorará al Cordero inmolado desde el principio del mundo? Buscáralo por todas partes; cuanto menos lo encuentre más se enardecerá su furor, pues cuando lo devore, cuando lo mate, en la embriaguez de su triunfo, paseará loco de soberbia sobre las humeantes ruinas del mundo y cantará la victoria. ¡Ah! Vuelve al abismo, bestia infernal, conducida por el poder del dragón que te ha traído á la tierra. El mismo evangelista San Juan canta el triunfo del Cordero en lucha, cuerpo á cuerpo, con la bestia. Sí: se acercan los momentos de la lucha terrible y definitiva, en la cual atónitas las generaciones presentes verán á la debilidad del Cordero triunfando de la fuerza de la fiera, á la mansedumbre del Cordero triunfando de la soberbia del dragón, al silencio del Cordero triunfando de las voces de exterminio de la bestia, á todas las virtudes del Cordero triunfando de todos los esplendores del vicio, representando en esa inmensa bestia, sobre la cual cabalga la prostitución, seduciendo á todas las gentes y embriagándolas con el veneno de sus pesares.

Sí: pasaron, dice el apóstol, "cuarenta y dos meses, tiempo que fué dado á la bestia para establecer su reinado en el mundo, y luego pregunté por ella; un ángel del Señor vino á decirme: Juan, la bestia ha sido sepultada en el abismo, ha corrido la suerte que inevitablemente ha de tocar al mal; del abismo salió, para el abismo ha vuelto, á consumirse en desesperada rabia, sintiendo sobre su monstruosa cabeza el delicado pie de la Virgen, que la ha arrojado ahí para que no salga más." ¿De quién es la victoria? preguntó el evangelista San Juan: del Cordero, respondió el ángel. Entonces inmediatamente, se oyeron brotar dulces cánticos de todas partes en loor del Cordero; y los veinticuatro ancianos de Israel, y los ángeles que rodean el trono de Jehová, y las vírgenes que lo escoltan, y todos los moradores de Jerusalén; y en la tierra, también, de todas las

lenguas y de todas las razas, en vez de las voces de odio, de furor y de venganza, regalaron mis oídos con cánticos de alabanza en loor del Cordero; y ví los esplendores de la nueva Jerusalén, bañada de nuevo en el sol de la verdad. Ya no ví á la bestia, ni al dragón, ni á ninguno de los insectos que formaban su corte; y sobre Jerusalén embriagada con los placeres de Dios, reinaba pacíficamente Jehová por medio del Cordero inmolado desde el principio del mundo. Y decían todos alabando y bendiciendo á Dios: ¡Gloria, bendición, alabanza al que ha sido siempre desde el principio del mundo, el primogénito de vivos y muertos, al que es principio y fin de todas las cosas! Y de las alturas del cielo se oyó un cántico universal de entusiasmo que decía: ¡Amén, así sea, gloria y honor al que vive por los siglos de los siglos!



XXIV

La Iglesia (sus luchas)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la
misa ferial del 24 de marzo de 1876

*Portae inferi non praevalent
adversus eam.*

*Las puertas del infierno no pre-
valecerán contra ella.*

San Mateo, c. XVI, v. 18.

LA ley fundamental del catolicismo, mis hermanos, que ha presidido siempre á sus inmortales destinos, que la adorable sabiduría de Dios ha escrito en su cuna y en el prodigioso desarrollo de su historia, al través de los siglos, es la ley del abatimiento y de la humildad. Ley suprema é inquebrantable, según la cual el gérmen de la verdadera gloria se encuentra en la humillación; el principio de la fortaleza en la debilidad; el secreto del engrandecimiento en el infortunio; la verdadera fuente de los tesoros y de las riquezas en la pobreza y el principio de las más grandes y gloriosas empresas en el espíritu de sacrificio, que todo lo abandona, que todo lo renuncia, que desecha todos los medios humanos para poner únicamente la confianza del corazón en el brazo del Excelso. Ley admirable, que es como el fundamento de todos los designios divinos, puesto que se la encuentra en todas las obras de Dios,